

EMPERADORES | TRAJANO

Hablar de Trajano es hablar del emperador perfecto. Considerado por muchos como el mejor de la historia junto a Augusto. Repasemos su biografía y sus logros:

Nació el 18 de septiembre del año 53 en Itálica, Hispania, en el seno de una familia romana de funcionarios, con ascendencia turdetana. Esta afirmación se apoya en Dión Casio y Herodiano que lo calificaron como *alloethnés* y *externus*, es decir, un hombre de otra raza y un extranjero. El linaje indígena Traii se integraría en Itálica en torno a su fundación allá por el año 205 a.C. Mientras que por otro lado, estaba emparentado con los Ulpios, de origen itálico y de los que heredaría la fortuna que su padre aprovecharía para hacer carrera política y convertirse en senador.

Siendo su padre gobernador de Siria obtuvo el mando de una legión a los 24 años. Fue cuestor, pretor, legado, cónsul y gobernador. Como legado de la Legio VII Gemina en Hispania, destacó como hábil administrador. Con esta legión aplastó la revuelta en Germania inferior de Antonio Saturnino. Más tarde, en esta misma provincia, en el año 96, cuando Domiciano fue asesinado, ya era considerado como uno de los mejores generales en las fronteras; su férrea política repelió las amenazas de la problemática frontera renana.

Durante aquellos años, Domiciano había instaurado un régimen de terror y había fracasado en su confrontación con los dacios. Roma se convirtió en tributaria de su rey Decéballo. Posteriormente, y tras una conjura palatina, fue sucedido durante poco tiempo por un anciano de consenso, Nerva, cuya mejor labor de gobierno fue vislumbrar la valía de Trajano, adoptarlo como hijo suyo y conseguir los apoyos para que lo aceptaran como heredero al trono.

Ajeno a los tejemanejes de palacio, cuando Trajano fue proclamado emperador a los 45 años tardó cerca de dos en asumir oficialmente el poder en Roma. Quiso terminar la tarea que como general no había concluido frente a la amenaza germana. Una vez conseguido esto, se presentó en Roma mostrándose respetuoso con las instituciones, especialmente con el Senado. Son célebres sus palabras al prefecto del pretorio. Le dijo: «Toma esta espada y, si gobierno bien, úsala por mí, y si no, en mi contra».

De costumbres espartanas, era mitad administrativo y mitad militar, destacando en ambas facetas, lo cual le confería un perfil idóneo para vestir la púrpura. Nerva eligió sabiamente y su candidato fue aceptado cómodamente por el Senado y por los pretorianos.

De su *modus operandi* se ha dicho que no creía demasiado en grandes reformas pero sí en la buena administración. De su carácter, que era trabajador y que obraba con justicia pero con firmeza. Así lo demostró en sus guerras contra el rey Decéballo en la Dacia: primero lo combatió cuando interfirió en sus intereses en Germania. Concentró 12 legiones en Viminacium, cerca de la actual Belgrado, y emprendió la invasión. Tras derrotarlo fue magnánimo permitiendo seguir reinando en vasallaje. La derrota en Tapae de tiempos de Domiciano se convirtió en victoria una década después, y los tributos cambiaron de dirección. Posteriormente, ante un nuevo alzamiento, fue implacable y sometió su reino anexionándolo y creando una nueva provincia. Las minas de oro

transilvanas nutrieron durante años las arcas del Estado, pero de entrada un botín de 165.000 kilos de oro y 330.000 de plata, financiaron 4 meses de juegos legendarios con 10.000 gladiadores combatiendo en la arena del Coliseo y un programa de obras públicas como pocos en toda la historia del imperio romano: un enorme acueducto, el puerto de Ostia, el anfiteatro de Verona, cuatro grandes carreteras, el Foro trajano con su colosal columna. Los sueños constructivos del emperador fueron llevados a cabo por Apolodoro de Damasco, que anteriormente ya había erigido un magnífico puente en un tiempo récord para cruzar el Danubio y someter a los dacios.

Tras 6 años de paz y con el territorio estable y bien organizado, decidió cumplir con el sueño de Julio César de llevar las águilas hasta el océano Índico. Lo consiguió en una campaña prodigiosa en la que anexionó nuevas provincias, sometiendo una tras otra a Mesopotamia, Persia, Siria y Armenia.

Lamentó ser demasiado viejo como para emprender la conquista de la India y el lejano Oriente, y el 11 de agosto del año 117, a los 64 años de edad, murió viajando de regreso a Roma, afectado por hidropesía. Sus restos tuvieron tiempo de hacer una última entrada triunfal con todos los honores en la ciudad eterna y sus cenizas descansarían para siempre bajo la gran Columna que lleva su nombre.

Tuvo un gobierno longevo y los ecos de sus logros se escucharon durante décadas y han llegado envueltos por la dorada aura de la leyenda hasta nuestros días.

La inercia de sus logros llevó a uno de los períodos más dorados del imperio romano, el de la dinastía Ulpio-Aelia, conocido desde Maquiavelo como el de los cinco emperadores buenos y recordado con admiración por el historiador Edward Gibbon como la época más feliz de la historia de la humanidad.

El lienzo de esta época nos llega principalmente por los escritos de Tácito y Plinio, novelesco y propagandista el primero, prudente y moderado el segundo.